

**Lauro Arreola**

# 1

- ¡*La Opinión*<sup>1</sup>, el mejor diario del norte de Veracruz le trae la noticia!
- ¡Entérese! ¡Todo el norte de Veracruz sacudido!
- ¡Niño de doce años se quita la vida!
- ¡La sociedad veracruzana consternadaaaaaa!
- ¡*La Opinión* le cuenta los terribles hechos!...

Eran los últimos días de clases, a los alumnos del primer año de secundaria se les podía ver particularmente emocionados, el calendario escolar llegaba a su fin y las vacaciones de verano se asomaban a la vuelta de la esquina, habían presentado ya los exámenes finales, - Los más difíciles-, una semana antes. Durante todo ese tiempo sus profesores se habían encargado diariamente de aterrarles con la posibilidad de que más de alguno habría de reprobado y repetiría el año escolar.

El jueves 11 de junio de 1970, dos enormes alegrías darían sentido a las cortas existencias de la población escolar. Por la mañana de ese día, por enésima ocasión, Pedro Olgún y su hermano Simón habían molestado hasta más allá de lo permisible a su víctima favorita: Lauro Arreola.

---

<sup>1</sup> La Opinión, diario de mayor circulación en el norte de Veracruz, fundado en el año 1953 en la ciudad de Poza Rica. Veracruz, por Raúl Gibb Quintero.

En la dirección, el profesor Emilio les sacó la confesión a los dos, a punta de reglazos, y con cada palabra que decían su cólera iba en aumento, las venas en sus sienas resaltaban como dos cables eléctricos, daba la impresión de que se sobrecargarían provocando un corto circuito.

- ¡Están expulsados! ¡No quiero en mi escuela animales como ustedes, gente que no entiende el valor de la amistad ni mucho menos de la decencia!

- ¡Se quedan aquí hasta que su padre venga a buscarlos!

Dicho esto, salió furioso de la dirección azotando la puerta metálica que sellaba la sentencia lapidaria hacia los dos bribones.

Acostumbrados a las tropelías de ese par, la consideración general es que, incluso ellos; ahora si se habían pasado.

Esta vez no encontraron quorum inmediato en todos los demás, la vejación hacia Rito había sobrepasado todos los límites. Las niñas se mostraron solidarias con la víctima y les condenaban a ellos, “los animales” nombre generalizado que se habían ganado a pulso y del cual se sentían orgullosos.

Era verdad, si algo les complacía realmente, era el saber el terror que infundían en la población escolar, y es que en materia de diabluras lo suyo se había convertido en arte. A pesar de las consecuencias, ambos se sentían particularmente satisfechos de la última “travesura” en contra de su víctima favorita y está de más entender que la consideraban “su obra de arte”.

La mala fortuna hizo coincidir en tiempo y lugar a Pedro, Simón y Rito. - Diminutivo que utilizaban las niñas para dirigirse a Lauro- en los baños de la escuela.

Entraron como de costumbre agrediendo verbalmente a los demás chicos que ahí se encontraban.

- Apúrense niñas. Gritó Pedro a quienes ocupan los inodoros, su corpulencia y sus trece años, uno menos que su hermano Simón le daban ese derecho.

- ¡O entro y me cago encima de ustedes! La aprobación de Simón hacia su hermano, se tradujo en estruendosas carcajadas.

Envalentonado por la comparsa de su hermano, empezó a golpear las puertas de los baños.

- ¡Ya niñas, que se acaba el receso! ¡¿Vienen a hacerla o se las saco a punta de madrazos?!

Golpeó con fuerza la puerta de uno de los sanitarios, y del otro lado se escuchó la voz de Rito. Débil, apocada, buscando no incomodar, seguramente el miedo acumulado hacia quien gritaba le hizo hablar,

- Ya salgo, esperen por favor, dijo quedamente.

- ¡Una niña! ¡Simón hay una jodida niña en el baño de hombres! Se asomó por debajo de la puerta y gritó lleno de regocijo, su día se iluminó con el descubrimiento.

- ¡Es Laurita, ¡Simón, es Laurita! Y entre ambos comenzaron a golpear la puerta.

Aterrorizado, Lauro, en un hilo de voz apenas audible les pedía que le dejaran en paz.

- ¿Ya oíste Simón, la niña nos está dando órdenes, vas a permitirlo?

La cara estúpida de Simón hacía pensar que se había quedado en algún escalón evolutivo y por alguna razón en particular no había podido seguir avanzando. Ambos hermanos eran corpulentos, de piel renegrida y facciones toscas. Dos auténticos prospectos de futuros trolls, por si fuera poco, los uniformes escolares les quedaban demasiado ajustados y cortos, rematando su aspecto grotesco y un tanto cómico.

Se habían convertido en el dolor de cabeza de todo ser viviente en la escuela, incluidos los adultos. Los ojitos casi cerrados de Simón se movieron nerviosos tras las gafas intentando saber que deseaba su hermano que hiciera al respecto.

- ¿Lo oyes? ¡Se está riendo de ti estúpido! Los gimoteos de Lauro en efecto parecían risas, pero el pobre niño en realidad lloraba de terror hacía los dos.

Simón actuó en forma precipitada, se agachó, tomó por las piernas a un desprevenido Lauro y lo jaló hacia sí. Como pudo resistió el violento tirón, pero no lo suficiente para evitar que sus pantalones e interiores se quedaran en las manos de Simón.

El festejo de Pedro hacia su hermano fue tal que la cara de cara de Simón se iluminó con una sonrisa que denotaba que su inteligencia no residía en su cerebro desde hacía mucho tiempo.

- ¡Lo hicimos Pedro, lo hicimos! Le quitamos el pantalón y los calzones a la niñita.

- ¡Las niñas no deben usar pantalones! Sentenció Pedro con una voz más gutural, desprolija de sentimientos y arrepentimiento por la obra de su hermano, le arrebató las prendas en forma violenta, se pasearon corriendo en el interior de los sanitarios con la ropa de Lauro en lo alto, disfrutaban de las caras de incredulidad y temor de los niños que se encontraban ahí en ese momento; llevaban las prendas como si de un estandarte obtenido del enemigo se tratará, y en un acto

más de salvajismo natural para ellos, tiraron la ropa en el urinal de concreto y losetas despostilladas que se encontraba a un costado de los sanitarios.

Salieron aullando como fieras sin control, festejando la canallada reciente - Nadie por supuesto osó hacerles frente -.

Mientras, en el baño el niño lloraba desconsolado, víctima del terror y la vergüenza. Esperando que alguien viniera en su auxilio, pero eso no sucedía, nadie se atrevía a dar el primer paso y las condiciones en las cuales se encontraba su compañero en desgracia, en su fuero interno es posible que el pensamiento generalizado fuera: *Mejor él y no nosotros.*

Siendo niños, la bondad y la maldad son hermanas que comparten la misma cama, la diferencia en pasos entre ambas es tan corta que a menudo cuesta trabajo diferenciar cuando la una trasgrede el espacio de la otra.

Y un acto lleno de tanta vileza como el que habían perpetrado los dos bribones, fue juzgado por los demás niños como una acción que habría recibido un castigo desmesurado por parte del director.

Y es que, mientras ambos se encontraban en detención, Pedro se percató que los resultados de los exámenes recién presentados estaban sobre el escritorio de nogal del director.

Impulsado más que por un acto de reivindicación de su conducta hacia los demás y si por su natural malévolos, revisó a conciencia los documentos, tomó una hoja de papel revolución y en la turbiedad de la superficie garabateó los nombres y promedios finales de cada uno de los niños. Excluyendo por supuesto de este “noble” gesto a las niñas. Y aunque ellos sabían de antemano que repetirían el año escolar, eso realmente no les preocupaba, después de todo, la bestia de su padre les daría una golpiza más, y eso no los amedrentaba.

Si bien es cierto que estos eran violentos, el molde original no se andaba con ambages, Don Pedro no toleraba en lo más mínimo una trasgresión a las rígidas

normas que había establecido en su casa y que él consideraba como necesarias para convertirlos en verdaderos hombres.

La atención de los alumnos ahora estaba puesta en la suerte que correrían los dos detenidos en la dirección, la opinión generalizada es que su padre los despellejaría vivos.

Y esto dejaba en un segundo plano la situación de Lauro, quien continuaba encerrado en la biblioteca, ahora con unos pantaloncillos cortos azules de deporte que el profesor de gimnasia le había llevado a instancias del director, aún lloraba desconsolado.

- Ya, no llores, no fue para tanto, solo fue una travesura de esos dos, ya sabes cómo son, para que los molestas. Le decía el profesor, sin que nadie le solicitara su “apoyo moral”

- Lauro lo escuchaba incrédulo, de modo que él los molestaba. Eso le hizo llorar con más ganas. Se sentía escindido del mundo, diera la impresión de que no había un lugar para él, y eso le acongojaba tanto, que sus ojos se hacían líquidos sin que él lo pudiera evitar.

El profesor lo veía con cierto desagrado, pensando para sí - ¡Vaya escándalo por una tontería!

La desgracia del jovencito fue olvidada, cuando Pedro le entregó el resultado de sus “indagaciones” a Manuel que merodeaba por la dirección.

- Psss, Manuel, ¡Ven!, ¡Toma! Son los resultados de los exámenes. Pedro le hizo entrega del papel como si se tratara de un secreto recién rescatado de las entrañas de la tierra y hubieran atravesado mil y una penurias para que ahora pudieran entregarlo aun a costa de su propia suerte.

- Y éste, ni tardo ni perezoso, corrió con todos los demás para compartir el botín recién obtenido, la algarabía general reemplazó lo sucedido anteriormente y con ello se juzgó menos duramente al par de truhanes por parte de los demás

compañeros de grupo. Incluso había quienes sentían lastima por ellos que esperaban la llegada del padre.